

Alejandro Llano

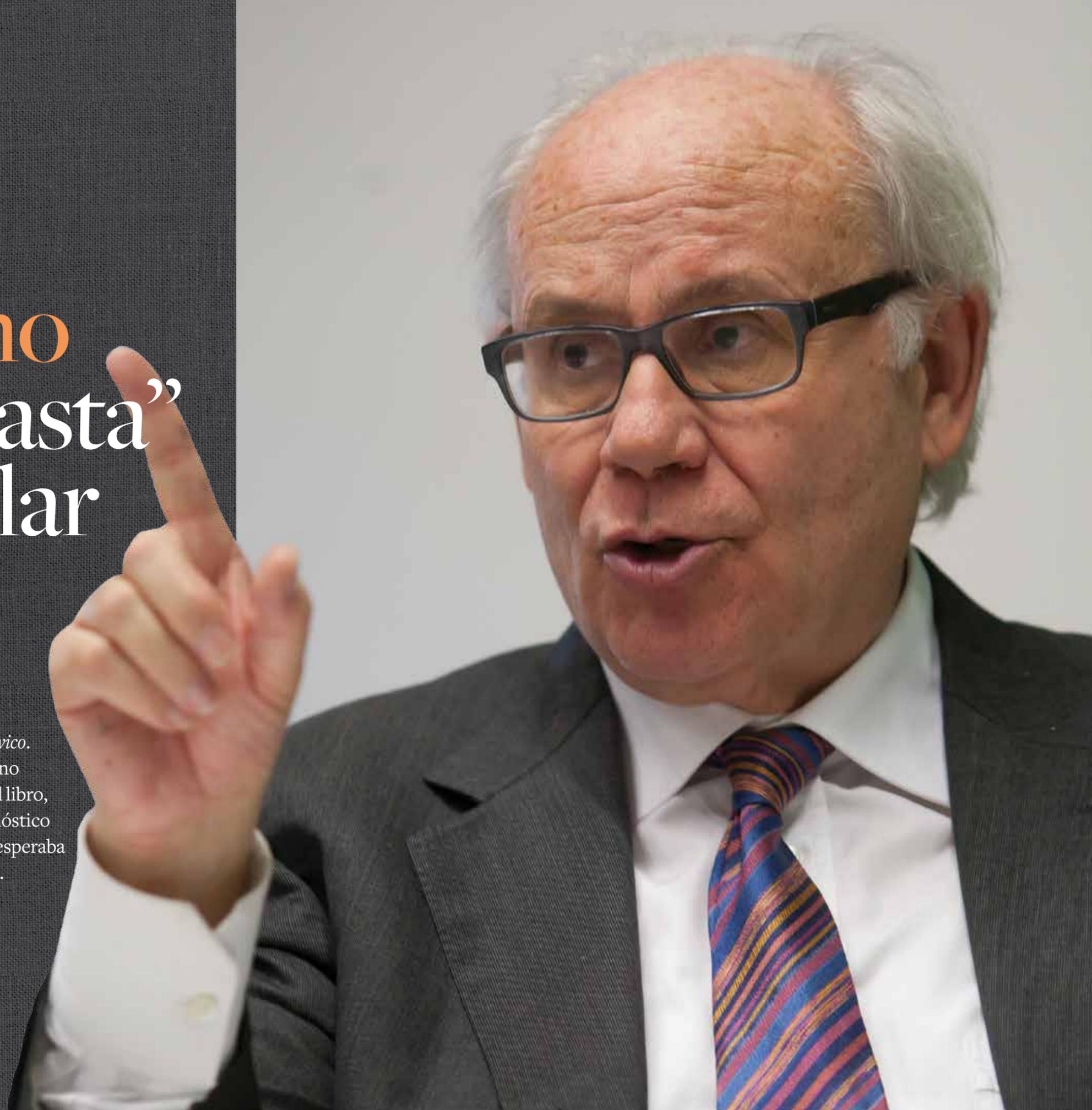
«La llamada “casta” debería espabilar y dar la cara»

El filósofo y catedrático **Alejandro Llano** —rector de la Universidad de Navarra entre 1991 y 1996— publicó en 2000 el ensayo *Humanismo cívico*. En él analizaba las causas del ya entonces creciente desencanto ciudadano con la política. Quince años después, y coincidiendo con la reedición del libro, charlamos con él sobre la vigencia de sus reflexiones. «Creo que el diagnóstico era acertado, y lo digo no por aquello de “ya lo decía yo”, sino con pena: esperaba que ese libro, que tiene una clara dimensión práctica, sirviera para algo».

TEXTO Gonzalo Robles [Com 94 PhD 06], periodista

FOTOGRAFÍA Manuel Castells [Com 87]

ILUSTRACIÓN Carlos Grañena





Se han cumplido veinticinco años de la Caída del Muro de Berlín. ¿Qué reflexión le merece?

Propiamente, la Caída no provocó nada. Fue un símbolo. Los dos bloques en tensión estaban en una situación muy desigual: el occidental, en plena ascensión, y el soviético, en franca decadencia. Ahora sabemos bien que la Unión Soviética no estaba en condiciones de continuar su competencia con Estados Unidos.

Por otra parte, coincido con quienes piensan que el Muro cayó hacia ambos lados. Al tiempo que se producía la disolución de la URSS, la izquierda occidental «acusaba» el golpe e iniciaba una evolución que, sin embargo, no le ha conducido al encuentro de una nueva identidad. Vemos, además, que la supremacía económica occidental no era para tanto y que seguramente entonces ya albergaba el germen de la decadencia actual.

¿Estaría de acuerdo con el intelectual polaco Adam Michnik cuando afirmó: «Lo peor del comunismo es lo que vino después»?

Quiero interpretar esa frase en el sentido de que solo entonces, tras la Caída del Muro, supimos realmente lo que había pasado. En todo caso, y centrándonos en Europa, pienso que el escenario del pos-

comunismo ha sido de creciente disolución de las convicciones morales básicas de nuestra sociedad. En definitiva, de sus raíces cristianas.

¿Vivimos un cambio de paradigma político o un simple reemplazo de los protagonistas?

Creo que padecemos una clara falta de liderazgo. No se ven políticos de altura y no es fácil encontrar una explicación. Quizá esos grandes personajes —quienes, por otra parte, surgen habitualmente sobre una base de ciudadanos comprometidos— aparecen cuando las circunstancias históricas son particularmente difíciles. Pero me temo que empiezan a serlo, y aparentemente nadie con el nivel requerido comparece ante estas citas con la Historia.

En ese sentido, hay en la ciudadanía de los países occidentales un ansia de cambio, por agotamiento del modelo. Y la dirección de esos procesos exige políticos, no meros tecnócratas.

Siempre se ha mostrado crítico con los programas meramente tecnocráticos...

La tecnocracia no puede resolver los problemas fundamentales de una sociedad. Por ejemplo, el paro. Se constata hoy con dolor que no hay trabajo adecuadamente retribuido y seguro para todos. Y las posibles soluciones no son solo técnicas: requieren cambiar planteamientos de fondo de nuestra convivencia. Además, pienso que la carencia de ideales propia de la tecnocracia hace que ese vacío pueda ser ocupado peligrosamente por populismos de distinto signo.

¿Cuál es su opinión sobre el fenómeno de Podemos?

Respecto de su origen, se parecen bastante al 15-M, si bien en aquel movimiento había más mezcla ideológica. Pude hablar con algunos de sus integrantes porque por aquella época pasaba mucho tiempo en

Madrid. Y no pocas de sus reivindicaciones me parecieron interesantes y prometedoras. Desde luego, fue imprudente el tratamiento despectivo que hizo el «establishment» hacia el 15-M, y a mi juicio ese deprecio tiene que ver con el auge actual de Podemos.

¿Por qué surge con tanta fuerza?

Porque hay un sector numeroso de la población que no tiene cabida en el sistema. Se han quedado sin espacio. Quieren hacer cosas —muchos de ellos están bien formados y tienen ideas—, pero entienden que no se cuenta con ellos. Creen que si las circunstancias no cambian, no hay horizonte, que se han quedado sin futuro. Es una situación de desesperación muy triste y, sobre todo, peligrosa.

Aunque está por ver su recorrido electoral, me llama la atención la inquietud que producen. Hace poco tuve un coloquio con jóvenes y pude detectar verdadero miedo ante la incertidumbre política.

¿Quizá también se benefician de señalar al chivo expiatorio de la crisis, la famosa «casta»? A todos nos alivia saber que hay un responsable... y que no sea uno mismo.

Se echa de menos una mayor autocrítica social, ciertamente. Pero es un fenómeno natural. Si la cosa va mal, hay que señalar a los que mandan porque se supone que tienen más recursos para lograr soluciones. La llamada «casta» debería espabilar, hacer examen de conciencia y dar la cara.

Sin duda, ese examen de conciencia debería incluir la corrupción. ¿Es un problema estrictamente político o tiene causas más profundas?

Atajar la corrupción exige medidas políticas, por supuesto. En ese marco, y a priori, no parece un problema irresoluble. Es necesario, eso sí, determinación para implantar sistemas de control férreos y tomar medidas ejemplares cuando corresponda.



— **Profesor ante todo.** Alejandro Llano es profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra desde 1977.

En el terreno ético, creo que el fenómeno responde a un vacío de ideales. Me parece significativo que muchos corruptos disfrutaran de una buena situación económica antes de ser corruptores, corrompidos o ambas cosas a la vez. Si no se tienen objetivos de verdadera altura ni criterios morales, ¿qué hago en política? No resulta extraño que en esa circunstancia el ejercicio del poder se oriente al lucro personal. Si me apuras, incluso como una forma de dar un aliciente vital a lo que no se ve sentido.

Hoy se apunta también a la desigualdad como primera causa del descontento social.

Esas diferencias sociales, que están en aumento de forma patente, son parte desde luego del malestar político actual. **Thomas Piketty** lo explica bien en *Capital*. Destaca, por ejemplo, que el marxismo —en su momento, una ideología como cualquier otra, digámoslo así— cobra mucha fuerza porque se desarrolla en un contexto histórico de gran desigualdad.

Sin embargo, a pesar del efecto profundo de la crisis en tantas familias, Occidente aún disfruta de un bienestar material envidiable. Europa, en

RENOVACIÓN POLÍTICA
«Hay en la ciudadanía de Occidente un ansia de cambio por agotamiento del modelo. Y la dirección de ese proceso exige políticos, no meros tecnócratas»

FENÓMENO PODEMOS
«La fuerza con la que surge se debe a que un sector numeroso de la población no tiene cabida en el sistema. Quieren hacer cosas — muchos de ellos están bien formados y tienen ideas—, pero entienden que no se cuenta con ellos»

¿POR QUÉ AHORA?
«Las diferencias sociales, en aumento de forma patente, son parte del malestar político actual»

particular, vive un periodo de convivencia pacífica entre naciones como probablemente no se haya conocido nunca.

Son logros que deberían resaltarse más, desde luego. En particular el de la paz, aunque la prolongación de esta fase histórica no deja de ser un tanto inquietante, por si está al caer un momento histórico de retorno a la violencia entre naciones —dicho sea sin ánimo de ser agorero—. En cuanto al bienestar material, «y con la mano en la conciencia», pienso que no lo hemos aprovechado como se debía. Tendríamos que habernos preocupado más de extender ese bienestar y arraigarlo. Me parecen cada vez más evidentes las insuficiencias de un modelo económico puramente liberal, aunque reconozco que no he encontrado a nadie que explique de forma convincente qué hacer para corregir sus peores efectos. En definitiva, cómo distribuir con más equidad la riqueza.

Esta respuesta nos lleva a plantearnos el papel del Estado en nuestras sociedades. El historiador Tony Judt sostiene que los estados de bienestar nacidos tras la Segunda Guerra Mundial funcionaban razonablemente bien, pero que las políticas de Ronald

La funesta manía de pensar

Alejandro Llano publicó la primera parte de sus memorias, titulada *Olor a yerba seca*, y dos años después apareció *Segunda navegación*, que completa la obra. En ambos casos, se trata de una serena reflexión sobre sus vivencias. Comienza con los veraneos familiares en Asturias, tierra paterna que le marcó profundamente. Desde niño se aficionó a leer, y pronto descubrió la poesía, la Historia o el ensayo. «Ante todo —afirma— soy un lector. Lo que más me gusta en la vida es leer.»

Esa curiosidad intelectual la encauzó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, donde desarrolló una activa conciencia política. Alejado tanto del franquismo como de la rebelión de Mayo del 68, apostó por el reformismo democrático. Sin embargo, considera que el 68 fue un año clave: «Se trata de la única revolución que, con una inspiración marxista en sentido amplio, ha triunfado y ha producido un cambio cultural y sexual.» Pese a todo, ya entonces compartía algunas metas culturales y políticas con ese movimiento.

En la universidad consolidó su temperamento crítico y apasionado, aunque exteriormente aparecía tranquilo. De hecho, discrepaba abiertamente con algunos profesores. Se doctoró en Valencia, donde impartió las primeras clases y comenzó una larga trayectoria investigadora. En 1976 obtuvo la cátedra de Metafísica en la Autónoma de Madrid, pero pronto se trasladó a la Universidad de Navarra, de la que fue rector de 1991 a 1996.

Hombre que hace honor a su apellido, **Llano** posee un humor socarrón, muy cantábrico. Por ejemplo, cuando afirma con picardía: «No es cierto que las Humanidades no den

para comer. Lo que no dan es para cenar». Y a continuación apunta que el desprestigio de esas disciplinas se debe al materialismo imperante. Pese a pertenecer a una familia de empresarios —o quizá por ello—, considera que la burguesía conservadora se define, sobre todo, por su mentalidad economicista. «Son marxistas sin saberlo, porque la esencia del marxismo es que todo se reduce a economía.»

Alejandro Llano siempre ha sido un pensador «en clave cristiana». Un intelectual escéptico con la derecha por su renuncia al debate ideológico, y desencantado con la izquierda por su laicismo. Se considera un socialdemócrata «peculiar» que desconfía del poder, lo ejerza el Estado —empeñado en configurar las mentes de los ciudadanos— o los mercados —entregados al lucro a cualquier precio—. Por eso critica la globalización, que considera una fusión de política y economía que suele conducir al populismo.

Alejandro Llano simpatizó con el Movimiento 15-M por lo que tenía de pasión y compromiso. Al mismo tiempo, considera el aborto como un «mal capitalista» que se fundamenta en el dominio del débil por el fuerte.

Piensa, a contracorriente, que la política es el laboratorio de la filosofía, y que bien ejercida contribuye a dinamizar la cultura. Para algunos, su inquietud por la presencia de la cultura en la esfera pública le ha vuelto pesimista. Una acusación que rechaza, alegando que aún defiende «la baza del futuro».

En síntesis, un intelectual comprometido con esa manía tan provocadora: pensar.

Nacho Uría [Der 95 PhD His 04]



— **Librepensador.** Crítico tanto con la izquierda como con la derecha, en opinión de Alejandro Llano «pensar es la tarea más importante que las mujeres y los hombres podemos realizar».

Reagan y Margaret Thatcher en los setenta los desmantelaron. Según Judt, esto provocó la desigualdad de la que hablamos.

No creo que el análisis pueda reducirse a una historia de «malos y buenos». No hay que olvidar que en los setenta eran ya modelos en crisis, y tal vez no se podía hacer otra cosa que reformarlos. Sí coincido con **Judt** en que conviene recuperar el papel vertebrador del Estado en la sociedad, lo que no quiere decir dar carta blanca a un intervencionismo abusivo, del que soy completamente contrario.

En el actual panorama político español, hay distintas propuestas de reforma. Buena parte de ellas se justifican en un cierto revisionismo histórico de los años posteriores a la muerte de Franco. ¿Le parece que, en efecto, la Transición se quedó corta y trajo una pseudodemocracia?

No estoy de acuerdo con que la Transición fuera un disfraz del tardofranquismo, como ahora defienden algunos. Con cierto conocimiento —participé a mi nivel en la efervescencia política de aquella época—, considero que quienes lideraron la Transición fueron personas competentes y sinceras en cuanto a su

propósito de instaurar una democracia homologable con las del resto de Europa. España cambió radicalmente para bien, y no deberíamos tirar por la borda lo que se consiguió entre todos.

Otra cosa es qué hemos hecho después en ese marco político. Por ejemplo, nuestro sistema educativo es, a mi modo de ver, la gran decepción de la democracia. En la Educación, a todos los niveles, la izquierda lo ha hecho mal y la derecha no ha sabido qué hacer. Y no se ve que haya una preocupación real por la mejora profunda que necesita el sistema.

Vivimos también un auge de los nacionalismos ¿No resulta paradójico en un contexto de globalización?

Creo que ese auge tiene bastante de reacción sentimental frente a la tecnocracia política, que resulta demasiado fría. Las personas necesitan identidad, quieren emociones y afectos en la vida colectiva. También estos movimientos vienen a cubrir el hueco dejado por la religión. Ese vacío se llena con algo más antiguo y primitivo: la tribu.

Al tiempo que las redes sociales se convierten en una forma de acción política...

LA TRANSICIÓN
«**Quienes lideraron la Transición fueron personas competentes y sinceras en cuanto a su propósito de instaurar una democracia homologable con las del resto de Europa. España cambió radicalmente para bien, y no deberíamos tirar por la borda lo que se consiguió entre todos**»

REDES SOCIALES
«**Confieso mi desconocimiento sobre esas redes, que no utilizo. Mi impresión es que parece un espacio libérrimo, pero está sometido, en realidad, a bastantes controles**»

Confieso mi desconocimiento sobre esas redes, que no utilizo. Mi impresión es que parece un espacio libérrimo, pero está sometido, en realidad, a bastantes controles —ejercidos por pocas personas— y, por tanto, no muy democráticos. Pero, insisto, en que soy un ignorante que, por lo demás, no tiene intención de dejar de serlo.

Antes hablaba de su contacto con jóvenes universitarios. Desde la perspectiva política, ¿qué características aprecia en las generaciones actuales?
Por un lado, hay una cierta ignorancia de la historia de las ideas y de nociones elementales del pensamiento político. Se entiende ese desapego por la atonía de ideales de la que ya hemos hablado previamente.

Por otro, me asombra su compromiso social práctico, sobre todo mediante el voluntariado, que no deja de ser una forma de participación política, pues supone una intervención en la sociedad. Observo ahí un contraste positivo respecto a generaciones anteriores. Ese compromiso, que se asienta en una cultura de lo gratuito, puede ser uno de los caminos de recuperación de la salud política de la democracia. Al menos, eso deseo. ■